

3-31-2013

Narrativas de viajes: descubriendo el Atlántico en "Yo fui (feliz) en Cuba... Los días cubanos de la Infanta Eulalia", de Dulce María Loynaz

Humberto López Cruz

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

López Cruz, Humberto. 2013. Narrativas de viajes: descubriendo el Atlántico en "Yo fui (feliz) en Cuba... Los días cubanos de la Infanta Eulalia", de Dulce María Loynaz. *Revista Surco Sur*, Vol. 3: Iss. 5, 47-52.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.3.5.18>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol3/iss5/20>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Narrativas de viajes:
descubriendo el Atlántico en ***Yo fui (feliz)
en Cuba... Los días cubanos de la Infanta
Eulalia***, de Dulce María Loynaz

*...Cuba aparece dos veces.
Primero como una isla,
después como un continente.*
GUILLERMO CABRERA INFANTE
"Génesis" Mea Cuba 17

El mapa muestra las coordenadas de un espacio y, por ende, sitúa al individuo en un área determinada. Sin embargo, la curiosidad ha hecho que la movilidad de la humanidad sea una realidad; el Atlántico, como océano, no ha podido contener el ímpetu de la búsqueda ni las ansias de la aventura. Una vez cartografiadas ambas orillas se impone comprender al otro e intentar un proceso de aproximación crítica; de ahí que las indagaciones transatlánticas se inscriban como un importante renglón de estudio. La literatura, como reflejo social, ha aportado la materia prima intelectual para comenzar un desmontaje textual.

Antes de intentar un acercamiento en particular hay que examinar postulados fundamentales en estas investigaciones, que deben ser considerados si se va a argüir que el sujeto transatlántico existe "prefigurado desde los albores de la modernidad como un diálogo desigual pero intenso entre opciones contrarias, heteróclitas y, en no poca medida, hechas en la práctica de la mezcla configuradora" (Ortega "Los estudios transatlánticos" 94). Por otra parte, según Francisco Fernández de Alba y Pedro Pérez del Solar: "los estudios transatlánticos son un marco conceptual

que permite estudiar las relaciones y la circulación de discursos, personas, capitales y mercancías en el circuito atlántico, y cómo este hecho afecta a ambos lados" (105). Es preciso aceptar que tanto los autores como sus obras tienen un aura adosada a dicha visión al proyectar la relación del individuo con sus rasgos culturales más prolijos: el espacio y el bosquejo de su propia esencia humana; su existencia afirma la presencia de ambas orillas y, por lo tanto, no puede desprenderse de una sin, a su vez, negar la mitad que lo aún. En otras palabras, el mapa ha sido redefinido y ahora se basa en conceptos intangibles y no en una barrera impuesta; la persona ha sentado las pautas para un mejor entendimiento de la geografía que aparece en su



Alexis Pantoja, S/T



Alexis Pantoja, S/T

escritura. En base a lo expuesto en este preámbulo, es menester repasar el texto que ocupa el interés de este ensayo.

Las crónicas sobre la visita a Cuba de la infanta Eulalia de Borbón, *Yo fui (feliz) en Cuba... Los días cubanos de la Infanta Eulalia* (1993), de la pluma de Dulce María Loynaz (1902-1997) es ejemplo de un cruce oceánico; una aseveración de consciencia que logra vincular dos naciones que el atlas representa separadas.¹ Es factible respaldar un intercambio de perspectivas sin que ninguna de las riberas mencionadas tenga que subordinarse a la ajena; puede haber igualdad de jerarquías desde la óptica ciudadana. Para consolidar la entrega de la poeta cubana es imperioso, a su vez, rastrear las observaciones pertinentes a esta corriente crítica y no abandonar las propuestas sugeridas por críticos que ayuden a un mejor entendimiento del dilema presentado. Fernández de Alba y Pérez del Solar recomiendan, además, lineamientos que catalogan los estudios transatlánticos en tres niveles esenciales. Para el propósito de este ensayo es ineludible enfocarse en los dos últimos que avalan “textos que hablen del cruce” y “autores que han hecho el cruce y cómo, en su obra, han incorporado los temas, personajes, tradiciones del país de acogida [...]” (106) para comparar ámbitos y destacar características inherentes al territorio descrito.² El citado texto de Loynaz procede como vehículo que trasciende el área cartografiada para establecerse en la intersección; el creador, consciente de su aventura literaria, actúa como acercador cognoscitivo que no subraya explícitamente la acción pero sí se proyecta de manera que se afirme desde los dos lados del océano.

El opúsculo, que apareciera diseminado en sueltos en el periódico habanero *El País*, ahora está reunido en una compilación a la que Loynaz le añade, a manera de presentación, una explicación que reafirma lo expuesto con anterioridad: el Atlántico, como océano, es tan sólo una separación física; no puede considerarse un limitador humano. Las contribuciones periodísticas que antaño sirvieron para recordar la visita de la infanta española Eulalia de Borbón, a La Habana de 1893, ahora integran un volumen sobre el que aclara que “hoy se presentan las crónicas que a propósito de esta visita escribió la autora a medio siglo de distancia, [...] Transcurrido otro medio siglo las ofrece a SS. MM. en ocasión de su visita a España” (5). El lector

ya está alertado de que este desplazamiento corresponde al viaje de Loynaz a España, para recibir de manos del Rey Juan Carlos I el premio “Cervantes”, que le fuera otorgado en 1992.

Los días, como reza en el encabezamiento, son crónicas agrupadas que sobre la gira de la infanta redactó con un lirismo que no se puede apartar de sus anteriores creaciones. En el prefacio de *Fe de vida*, se relata que su ya mencionado esposo, el tinerfeño Pablo Álvarez de Cañas, se dedicaba a escribir la página social habanera de su época (13-26). Aquí se aprecia una similitud entre dos textos que van a contar con un mismo destinatario afectivo; a pesar de ello, mantienen la esencia transatlántica que repite la laboriosidad de Loynaz al unificar los continentes. Desde la primera, cuando de La Habana menciona que “enviaba España a su Infanta en momentos difíciles” (9), hasta más adelante en (y refiriéndose a la Borbón) “¡Qué dirán en Madrid cuando se enteren del éxito sin precedentes que tuvo en la romería de los obreros!” (32), se interpola el argumento requerido intentando subsanar la inestabilidad social de actualidad. La diferencia política, que existía en aquel entonces entre las naciones injeridas, no es óbice para que se valide el enfoque sugerido por Fernández de Alba y Pérez del Solar llevado ahora a un plano donde la relación de la metrópolis y su colonia vive una intensa tirantez en la que se augura el fin del poderío colonial español. Como aserto básico para el cimiento de este trabajo, Ricardo Gutiérrez Mouat apunta que “el culturalismo latinoamericano lleva ya implícito un componente transatlántico” (133). Las crónicas, acentuando la desavenencia que la historia confirmaría pocos años después, suavizan la tensión inherente al brote independentista que se gestaba e intentan subrayar puntos que ambas tierras tienen en común.

Este dato es primordial ya que subyace un elemento histórico que se afianza en el malestar político de finales del siglo XIX entre España y una de sus últimas colonias en el Nuevo Mundo. Loynaz recoge un evento polémico que, a pesar de fijar diferencias significativas entre dos territorios, la poeta suaviza hasta hacerlo parecer como una travesura de la infanta rebelde. No obstante, es un suceso que investido de creatividad reaccionaria facilita el comienzo de un conversatorio. Julio Ortega propone que el trabajo crítico se puede hoy

concebir como una operatividad legitimada por su capacidad dialógica [...] ya que puede darse por demostrado no sólo que las disciplinas son todas hijas de su tiempo [...]; sino que los objetos artísticos, literarios y culturales dicen más de sí mismos bajo la luz mediadora de una lectura menos rígida, capaz de abrir los límites del objeto tanto en su linaje histórico como en su naturaleza formal. (“Presentación” 8-9)

Tomando la anterior cita como pedestal de un encuentro entre dos ideas que tarde o temprano se verán afrontadas, la ausencia de una posible rigidez intimidadora hace que Loynaz traiga a la luz un acaecimiento histórico poco conocido, pero que puede —como en su tiempo logró— suscitar polémicas entre las dos riberas del océano. Es fácil reconstruir la historia cuando actúa de aliada para corroborar el desenlace; o sea, la inclinación de la infanta a mostrar una simpatía independentista hacia Cuba, algo que se consumaría pocos años después. Lo importante ahora es ver cómo el texto entreteje una madeja unificadora que ata el destino, si se quiere llamar historia, de ambas naciones. La poeta reseña un incidente ocurrido a la llegada de la infanta al puerto de La Habana, que fuera antes omitido por “razones que ya no valen más que por su gracia” (14) y tacha de “delicioso episodio” (14) cómo el clima habanero hizo que la Borbón cambiara en última instancia su atuendo y desembarcara con un traje azul y blanco con toques rojos, las tonalidades del pendón independentista cubano. Según Loynaz, “[a]l fin alguien se atrevió a decir a la Infanta que inadvertidamente habíase vestido con los tres colores de la bandera insurrecta. Imposible desembarcar con tal tocado en la ciudad” (15). Menos lírico, y desprovisto tal vez del aire frívolo que se concentraba en los ajueres de la infanta y no en lo que podía interpretarse como un desafío político, es el relato de José María Zavala en su intento de biografiar a la rebelde mujer. Refiriéndose a Eulalia ofrece que: “[y]a antes incluso de viajar a La Habana había contactado con los círculos revolucionarios establecidos en Madrid de modo que, cuando desembarcó en la isla, era ya casi una activista convencida. Hasta el punto de que no tuvo el menor problema en lucir en su traje los colores de los rebeldes isleños” (228). El notable suceso es recordado en su autobiografía con simpleza y determinación (Eulalia de Borbón 123-27) sin prestar demasiada atención al significado que

su estructuralista significante, en la forma de atuendo parisino, habría de causar a su llegada y la permanencia que éste tendría a través de los tiempos.³

Estas tres versiones de un mismo acontecimiento han asumido una apertura de diálogo que, irrevocablemente, sustenta la visión múltiple que, lejos de separar, une la relación textual interoceánica. La visita de la infanta a La Habana es de por sí un acertado ejemplo transatlántico, pero si el hecho se discute desde los dos perfiles del océano, entonces es la Nación la que se deduce ante tales postulados. El evento histórico se recrea dentro de un objeto literario y hay la suficiente madurez para renovar un diálogo que incrementa la asociación España-América. La metrópoli y la colonia se personifican como naciones independientes y utilizan un incidente fortuito para continuar un enunciado de comunión que comenzara empírica, y a su vez paradójicamente, al término de la colonia como tal. La unión se realza en la soberanía de una y otra riberas concluyendo con un rotundo “Y así desembarcó la Infanta de España” (15). Loynaz es consciente que Eulalia de Borbón ya ha aceptado el inexorable destino que aguarda a Cuba y devuelve la afirmación a S.S. M.M. Juan Carlos y Sofía en el que sería el último viaje de Dulce María a España.

Es atractivo comparar estas disquisiciones con lo alegado por María Lucía Puppo quien expone que “[l]os ensayos de la cubana llaman sutilmente la atención respecto de ciertas trampas consolidadas en el discurso de la historia o la crónica literaria, lugares comunes que ocultan la dimensión real de las cosas y verdades a medias que confunden” (121). Loynaz crea lo que pudiera argumentarse como el *contradiscurso* de una premisa social que, a pesar de resultar confuso al escudarse tras el lirismo de su prosa, sostiene el engranaje de la relación que verían ambas orillas tras la independencia de la antigua colonia; la ansiedad política que aflora en *Los días...* es la que incita a fomentar el diálogo. La poeta rinde homenaje a la infanta; la admiración que le profesa es evidente, pero es la Nación cubana lo que está manifestando en los dos instantes claves del texto: primero, cuando lo redacta; segundo, cuando se lo entrega a sus majestades en Madrid.

El espacio suplantado se ratifica en el título y en la última crónica. La reescritura de lo que pueden ser las palabras de la infanta esgrime la carta definitiva en la que Loynaz afianzará no

tan sólo la personalidad rebelde y decidida de aquella mujer española sino la instauración de la soberanía cubana. La duda de Eulalia en si incorporar o no el vocablo “feliz” a su estadía en Cuba es el punto de apoyo en el *contradiscurso* referido. En sus memorias, la infanta rememora que durante su estadía en La Habana estableció contactos con políticos y pensadores de la Isla; esto la llevó a inferir que la situación existente en la colonia era lo opuesto a lo que se le había persuadido a creer en la península. Teniendo presente la diferencia de bandos, Eulalia reconoce que en todo momento fue tratada con respeto, deferencia y cordialidad por los mismos individuos que más adelante se levantarían en armas. Al partir, deja La Habana con una profunda tristeza a pesar de los recuerdos *felices* que había cosechado (Eulalia de Borbón 126-27, el énfasis es mío). Loynaz juega con este tropo con la inocencia de quien esconde un propósito revelador; las voces de la infanta y de la poeta coadunan la realidad transatlántica:

¿Será bien visto por los suyos, esta revelación de sentimientos? [...] La Infanta Eulalia de Borbón, tacha la palabra ‘feliz’, pero sigue escribiendo. Ya nada estorbará su tarea, nada le robará la ilusión, [...] aunque no aparezca en caracteres impresos—de aquellas cinco puntas del vocablo... De aquellas cinco puntas de la estrella. (68)

La alusión a la bandera tricolor y a su estrella solitaria en boca de la infanta es el epílogo de un texto transmutado. Loynaz ha concluido sus apuntes sobre la real visita engarzando la oración final con el título. Es de notar que en éste último no se omite la palabra feliz; es aún más sugestivo: aparece entre paréntesis. El lector ha sido testigo de su uso; es una presencia que se autentica tras la máscara de una supuesta omisión. El cruce atlántico va a afincarse una vez más en lo dicho por el monarca español:

Profundamente unida a los destinos de Cuba, Dulce María Loynaz ha permanecido siempre vinculada a la cultura de su país. [...] Pero, además de esas raíces tan cubanas, Dulce María Loynaz se ha sentido siempre unida a todo lo hispánico. [...] Para nosotros, españoles, constituye un auténtico privilegio acoger de nuevo, y en ocasión tan especial, a quien por tantos motivos debemos un particular agradecimiento. Y no sólo

porque fue en España donde publicó por vez primera algunos de sus más bellos libros, sino también porque nuestro país ha sido siempre una referencia evidente en su obra, en sus afectos, y en sus recuerdos. (Juan Carlos I de Borbón 54).⁴

Las múltiples denotaciones del trasiego oceánico funcionan como factor indispensable que coadyuva el discurso común. Lo que puede interpretarse como una sucesión de fugas simbólicas recalca una realidad colectiva que no puede desprenderse de un código histórico fundamentado en una autenticidad cultural. La palabra de Loynaz ha sido aceptada en los territorios involucrados probando el reconocimiento de su voz y, además, la visión transatlántica inscrita en su articulación; la representación dialogada de fragmentos impresos consume la iniciativa de un acercamiento geográfico. Si las propuestas presentadas dentro de las expresiones literarias en ambos lados del Atlántico develan dimensiones que acentúan puntos de intersección del pensamiento, es obligación insoslayable retomar esas lecturas y resaltar su valor como parte de una creatividad crítica que contribuya a destruir el desconocimiento que pudiera surgir cuando dos espacios convergen. Al ver de cerca esta entrega de Loynaz, se puede concluir que ha probado ser un buen ejemplo.

Notas:

1. Una sección de este trabajo fue leída en la Universidad de Brown durante el VI Congreso de Literatura Transatlántica, en abril de 2012. Al mismo tiempo, es parte de un estudio mayor donde se coteja el discurso transatlántico con el libro de viajes *Un verano en Tenerife*, también de Dulce María Loynaz, que será publicado en un futuro cercano.

2. El tercer punto al que aluden Fernández de Alba y Pérez del Solar es el que trata de “tecnologías, métodos, modelos sociales y económicos, herramientas o discursos que teniendo un lugar de origen se transforman y se utilizan en otra realidad concreta allende los mares y, en muchos casos, vuelven transformados a su espacio original” (105).

3. El lector interesado debe consultar otro texto, de reciente publicación, donde se narra la visita de la infanta a La Habana. En *Viajeras a La Habana*, de Isabel Segura Soriano, Eulalia de Borbón comparte el espacio narrativo con Zenobia Camprubí, María Zambrano y María Teresa León. Véanse las páginas 8-41 prestando mayor interés a la página 19 donde se relata el suceso en cuestión. A su vez, hay que mencionar que Reinaldo Montero ha novelado este período histórico en *La visita de la infanta* (Sevilla: Doble J, 2007) que probablemente resultará de interés para algún lector que desee ahondar en el tema.

4. Fragmento del discurso del Rey Juan Carlos I de Borbón, en Alcalá de Henares, cuando le fuera conferido a Loynaz el premio “Cervantes”.



Alexis Pantoja, S/T

Obras citadas:

- Borbón, Eulalia de. *Memoirs of a Spanish Princess*. Trad. Phyllis Mégroz. New York: W. W. Norton & Company, 1937.
- Borbón, Juan Carlos I de. "Ha sido siempre la más generosa de las amigas". *ABC*, 24 abril 1993: 54.
- Cabrera Infante, Guillermo. *Mea Cuba*. Barcelona: Alfaguara, 1999.
- Fernández de Alba, Francisco y Pedro Pérez del Solar. "Hacia un acercamiento cultural a la literatura hispano-americana". *Iberoamericana* 6.21 (2006): 99-107.
- Gutiérrez Mouat, Ricardo. "Postdictadura y crítica cultural transatlántica". *Iberoamericana* 6.21 (2006): 133-50.
- Loynaz, Dulce María. *Fe de vida*. Madrid: Libertarias, 1999.
- _____. *Un verano en Tenerife*. 1958. Pról. Ana Martín. Madrid: Viceconsejería de Cultura y Deportes, 2002.
- _____. *Yo fui (feliz) en Cuba... Los días cubanos de la Infanta Eulalia*. La Habana: Letras Cubanas, 1993.
- Ortega, Julio. "Los estudios transatlánticos al primer lustro del siglo XXI. A modo de presentación". *Iberoamericana* 6.21 (2006): 93-97.
- _____. "Presentación. Estudios trasatlánticos". *Signos literarios y lingüísticos* 3.1 (2001): 7-11.
- Puppo, María Lucía. *La música del agua. Poesía y referencia en la obra de Dulce María Loynaz*. Buenos Aires: Biblios, 2006.
- Segura Soriano, Isabel. *Viajeras a La Habana: Eulalia de Borbón, Zenobia Camprubí, María Zambrano, María Teresa León*. Barcelona: Meteora, 2008.
- Zavala, José María. *La infanta republicana*. Barcelona: Plaza & Janés, 2008.



Alexis Pantoja, S/T